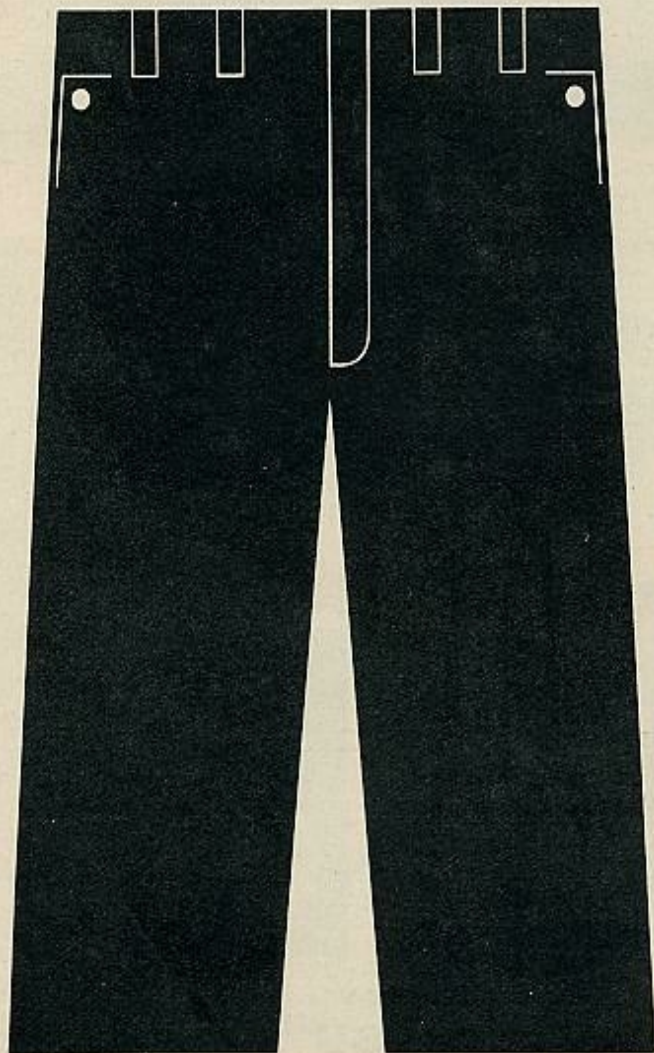


MEYBA  
también confecciona  
pantalones largos.  
Son tan buenos  
como sus bañadores,  
compre  
pantalones  
meyba



## TEATRO

### donde se intenta explicar lo que parece inexplicable

LA temporada ha terminado. Empieza ya el tiempo de los balances y de las preguntas, de las estadísticas satisfactorias o de las interrogaciones difíciles. El tiempo, en suma, de mirar el bosque y no quedarse en la contemplación del árbol.

La primera cuestión que plantea la recién concluida temporada es la falta de estrenos españoles de interés. Valle Inclán, Rojas, y, en alguna medida, García Lorca, fueron nuestras "grandes autoras" del 66-67. Entre los autores vivos, la línea de "máxima ambición" estuvo trazada por "Las viejas difíciles", de Carlos Muñiz; "Oficio de tintieblas", de Alfonso Sastre, y "Cuando se espera", de Lina Entalga; tres obras que —salvando sus diferencias y dejando bien sentado que la de Carlos Muñiz es la más libre, viva y teatral de las tres— no han alterado nuestro horizonte teatral, a menos que consideremos como alteración la constatación, en alguno de los ejemplos citados, de una impotencia dramática y una esterilidad poética que será necesario tener en cuenta cuando haya que aventurar el futuro del teatro español.

Me parece, sin embargo, que el tema de nuestra falta de autores es ingenuo discutirlo en función de nombres concretos. El método, además de inútil, es injusto. Sostenere que el problema está en que no estrenan Fulano o Mengano, es minimizarlo; es, también, convertir a Fulano o Mengano en genios a la fuerza; es reducir a cuestión administrativa —la censura— lo que tiene un fundamento histórico y social. No hay razón alguna para pensar que las obras prohibidas son excelentes; esta prohibición sólo nos remite a la inabundancia de una temática, o, más exactamente, a la inviabilidad escénica de una determinada visión e interpretación de la realidad. Y, por tanto, a la existencia de unos condicionamientos teatrales concretos.

Planteémosnos la cuestión a ese nivel. Pensar que si Fulano o Mengano estrenasen Tal o Cual obra, que guardan en el cajón, las cosas iban a cambiar radicalmente, sólo tiene sentido si comprendemos que tal posibilidad afectaría no solamente a estos autores, sino al desarrollo de otros, ahora ignorados, incipientes o desconcertados. Pongamos un caso: Carlos Pérez Dann, el autor de "Mi guerra", último Premio Arrietas y obra interesante que, al parecer, se ha intentado inútilmente estrenar en el Beatriz.

Esta sería, pues, una parte del problema: las dificultades de un teatro polémico y plural, problemático y diverso, soportado por las instituciones como una parte de la vida, el desarrollo y la crítica sociales. En un plano preciso y posibilista, el esquema sobre la libertad religiosa podría ser un ejemplo concreto, sin hablar ya de la condición inconformista, iconoclasta, y a veces revolucionaria, que es propia de todas las obras jóvenes de no importa qué lugar. La crítica del mundo que el hombre joven "encuentra ya hecho" es una necesidad obvia; negarla, entorpecerla, la negación radical de un nuevo teatro; conduce al nacimiento de esos tristes autores que se incorporan al profesionalismo con todos los resabios defensivos de los viejos practicantes.

Sin embargo, esto no basta para explicar el fenómeno. Durante años, y con mayores limitaciones que las actuales, no han faltado obras y autores cuya presencia ha sido alborozadamente señalada. Nada de esto ocurre ahora. ¿Por qué? Quizá éste sea un aspecto fundamental de la cuestión. Se diría que las bases de trabajo se han desgastado sin que hayan surgido otras nuevas. Durante años, "el autor sabía lo que quería escribir"; no refiere al autor importante, al que hace de su obra una expresión de sus conflictos y de los conflictos de su medio. El buen teatro español se insertaba en la vida española con un programa estético e ideológico muy preciso: se trataba de mostrar, de forma inmediata, unas realidades, y darles una significación, un sentido. La estética está siempre potenciada por un ámbito —un lugar, un tiempo— y lo cierto es que este programa nos parecía suficiente.

No creo que resultase demasiado difícil descubrir algunas de las razones que han ido desgastando el viejo programa. Nuestro ámbito —por acontecimientos exteriores y por evaluación interior— se modifica, va siendo otro, y, por tanto, otra habrá de ser la estética de un teatro que, sustancialmente, aspire a ser lo que en su día fueron "Historia de una escalera", "Escuadra hacia la muerte", "El tintorero", "Los inocentes de la Mancha", "La medijiguera" o "La camisa", por poner unos cuantos ejemplos importantes e ilustres. El autor "revela" su tiempo, descubre al hombre contemporáneo; y hoy el hombre es distinto, aunque, en más de una ocasión, sean hombres viejos, de una u otra tendencia, los que discuten y se enfrentan en planos idealizados, inmóviles, y muy poco atentos a las profundas transformaciones de la realidad.

Desde el asesinato de Kennedy a la escalada del Vietnam; desde Juan XXIII a la Encíclica de Pablo VI sobre el progreso de los pueblos; desde las viajes espaciales a los apocalípticos arsenales atómicos, son muchos los fenómenos que gravitan sobre el español de nuestros días y lo modifican. Esto, sin hablar de la dinámica interior, que va borrando poco a poco, se quiera o no, los esquemas elaborados en una guerra civil, en una guerra que nos dividió en vencidos y vencedores.

El hombre cambia; la censura evoluciona muy despacio, y el viejo instrumental estético no sirve. Esta podría ser la sintomatología de un país que no produce nuevos autores teatrales. ¿Cómo escribir un teatro vivo en este marco?

JOSE MONLEON